

ler en *Poetae aevi Karolini*, Berlín, 1881-84, y la obra de Dicuil, *De mensura orbis terrae*, edición Parthey, Berlín, 1870.

NUMISMÁTICA. - Cerexhe, *Les monnaies de Charlemagne*, Gante, 1886, y Prou, *Les Monnaies carolingiennes*, París, 1896.

CONCLUSIÓN

ES EVIDENTE que el título real ya no correspondía a la prodigiosa extensión que había tomado el poder del rey de los francos; no era ya el soberano de una nación, sino el monarca internacional cuyo prestigio se extendía tan lejos como la propia autoridad de la Iglesia. Había como un acuerdo tácito entre los pueblos respecto al lugar que ocupaba entre ellos, y todos se volvían hacia él como hacia el centro luminoso de la civilización. La Iglesia lo aclamaba como su protector y como el órgano armado de la cristiandad, a la vez que los propios reyes reconocían sin repugnancia su supremacía natural; los de Gran Bretaña se proclamaban sus vasallos y los de España le rendían homenaje. Bizancio temblaba ante la fuerza de su brazo, y más aún ante la de su genio, al cerciorarse de que los artificios diplomáticos no hacían mella en un adversario de tal temple. Hasta los príncipes musulmanes sufrían el ascendiente de esta brillante personalidad; de Córdoba y de Bagdad le enviaban regalos y le prodigaban señales de amistad, y Harún al Raschid llegó a ofrecerle un día el protectorado de los Santos Lugares. Convertido así, lo mismo para Jerusalén que para Roma, en heredero de Bizancio, sólo él llenaba en adelante la gloriosa misión que los Césares no habían sido capaces de cumplir: la de defender los intereses cristianos en el mundo entero.

El soberano Pontífice creyó que había llegado el momento de bautizar con nombre más augusto una autoridad tan extraordinaria y una función tan sagrada. Y ello no sólo para aumentar su lustre ante los ojos de los pueblos, sino también porque parecía digno de la majestad de la Iglesia elevar la categoría de su defensor por encima de todas las dignidades humanas. Se trataba, pues, de encontrar un título que indicase el verdadero carácter de su magistratura ecuménica, y que fuese como el signo externo del protectorado supremo que ejercía en todo el mundo cristiano.

Ahora bien: existía en el recuerdo de todos un nombre que designaba el más alto poder temporal que la imaginación podía concebir, y este nombre era el de *Emperador romano*. Tal denomina-

ción resonaba todavía con ecos mágicos en las tradiciones de los pueblos bárbaros, y las naciones de raza latina lo recordaban con patriótico orgullo. La Iglesia, acostumbrada desde hacía muchos siglos a construir obras modernas con materiales antiguos, no vaciló en dar esa denominación temible al hombre a quien quería honrar. No es necesario decir que no pretendía resucitar con tal título imperial los odiosos recuerdos del despotismo pagano, sino que, al tomar del vocabulario de la política romana la expresión con que iba a designar la suprema autoridad civil del mundo cristiano, lo trataba como a todo lo que tomaba de la Antigüedad: empezando por darle una nueva significación.

Era, pues, una magistratura cristiana y católica por excelencia la que confería a su defensor en aquel célebre oficio de la noche de Navidad del año 800, en que el Papa León III colocó la corona imperial sobre la cabeza de Carlomagno, determinando así que el pueblo le aclamara con el título de Emperador romano. En la restauración de tan glorioso título había algo que tenía que seducir a la imaginación del pueblo de la Ciudad Eterna, a la vez que el Pontificado parecía realizarse a sí mismo al convertirse, mediante iniciativa tan grandiosa, en fuente visible de una dignidad que no conocía nada igual dentro del mundo político.

Ni el propio Carlomagno se familiarizó al principio con la idea del soberano Pontífice; la ruda simplicidad de sus costumbres germánicas, que le eran tan queridas, se asustaba del pomposo ceremonial que parecía exigir su título. Muy diferente en esto de Clodoveo, nunca quiso llevar las insignias de su nueva dignidad, excepto en las dos veces que visitó a Roma después de su coronación. Hasta llegó a declarar que, si hubiese conocido anticipadamente las intenciones de León III, no hubiera ido a la iglesia de Letrán el día en que fué coronado¹. En vano se ha intentado anular el valor de este testimonio de primer orden; aun suponiendo que fuese lícito sospechar de la sinceridad de Carlomagno, los hechos hablan demasiado elocuentemente para que pueda haber de ello la menor duda; no parece que Carlomagno haya creído en la posibilidad de realizar de modo duradero el ideal político cuyo signo exterior era el título imperial. Cuando en el año 806 se le ve dividir anticipadamente entre sus tres hijos todas las provincias de su reino, sin cuidado alguno por mantener una unidad de la que era el portador oficial, se convence uno de que la idea imperial era una concepción extraña

¹ EGINHARD, *Vita Karoli*, c. 28; MONACH. SANGALL, I, 26.

a su genio y por la cual no podía apasionarse. Tampoco figura entre el patrimonio de las ideas políticas legadas a sus hijos la del mantenimiento de la unidad europea, y ésta había de encontrar sus últimos campeones en las filas del alto clero, que es donde había tenido sus primeros promotores.

Pero si el valor político de su título imperial parece haberle dejado indiferente o aun incrédulo, se penetró profundamente, en cambio, de su significación religiosa. Hecho Emperador, se consideró como investido, más especialmente que en el pasado, de la misión de apresurar el progreso de la vida cristiana y el advenimiento del reino de Dios, por lo que hizo que todos sus súbditos le prestaran nuevo juramento de fidelidad, no ya en calidad de rey, sino de César, como el propio Carlomagno aclara, poniendo especial cuidado en hacer notar que este juramento implica deberes más extensos que aquellos a los cuales se comprometían antes. Lo que debieron prometerle todos los habitantes de su Imperio fué no sólo serle fieles, sino sobre todo cumplir sus deberes de cristianos: *Primum ut unusquisque et persona propria se in sancto Dei servitio secundum Dei praeceptum et secundum sponsionem suam pleniter conservare studeat*¹. Y Carlomagno predicó con el ejemplo, redoblando su celo y actividad en pro del bien público. Como ya hemos visto, en los catorce años que siguieron a su subida a la dignidad imperial fué cuando elevó los monumentos más hermosos de su legislación, como si las bendiciones de la Iglesia hubiesen aumentado su virtud civilizadora.

El atrevido acto cuya iniciativa había tomado el Papa León III era más que la mera coronación de un hombre: al ceñir la cabeza del rey de los francos con la diadema imperial, el Pontificado colocaba sobre la frente del mismo pueblo franco el signo honorífico de su dignidad suprema. Terminaba así de modo solemne, bajo las bóvedas de Letrán, la obra empezada trescientos años antes en el bautisterio de Reims; imprimía el sello indeleble del cristianismo a una nación entera, y proclamaba a la faz del cielo que tal nación había merecido bien de la Iglesia. Daba al propio tiempo su verdadero carácter al régimen social que los francos representaban en el mundo de entonces; afirmaba mediante una institución nueva la unidad del mundo cristiano, realizada ahora por vez primera en el terreno político tal como lo estaba desde hacía largo tiempo en el terreno religioso, y la presentaba de modo bien visible, elevando

¹ *Capitul.*, XXXIII.

por encima de todos los reyes a aquel a quien había escogido como defensor y procurador suyo. Y, al entregarle las insignias imperiales, encarnaba en un simbolismo lleno de majestad la noción fundamental de las relaciones que habían de existir entre el sacerdocio y el Imperio para la debida prosperidad del género humano. Mirada desde este punto de vista, puede decirse que la coronación de Carlomagno fué *el acta de nacimiento de la civilización moderna*.

¡Por fin, existía una sociedad cristiana! Después de ocho siglos, durante los cuales el alma del mundo nuevo había andado errante y como prisionera en un cuerpo rebelde a sus leyes, he aquí que ahora tomaba posesión de él para siempre, y que, robustecida poderosamente en sus miembros, iba a inaugurar la era de una larga y sólida alianza con él. Indudablemente, este cuerpo que se disponía a habitar estaba lleno de imperfecciones y presentaba, como una estatua no terminada, el aspecto rugoso del caos de donde acababa de ser sacado; pero el principio civilizador que llevaba en su seno le hacía conmoverse bajo su acción fecunda, y sus rasgos, informes aún, se transfiguraban poco a poco con el brillo de irradiaciones interiores. La idea cristiana, la más sublime que los hombres hayan podido imaginarse jamás de la sociedad, empezaba ahora a realizarse. Todo el género humano tenía la intuición de ella, todos los espíritus esclarecidos se complacían en formularla, y ya hemos visto al mismo Carlomagno traduciéndola en la imagen de una alegoría bíblica. Correspondía al Papado, a esa conciencia viva del mundo, dar a la idea expresión popular, y eso fué lo que hizo mediante un monumento digno de él.

Hay entre las ruinas augustas de la Ciudad Eterna un lugar cuya misteriosa soledad parece hecha especialmente para que se puedan evocar las grandes escenas de la historia. No es la colina del Palatino, a pesar de sus maravillosas tradiciones, que tan arriba se remontan por entre las brumas del pasado; ni el Foro, donde todavía resuena el eco de las voces que defendieron allí los destinos del género humano; ni siquiera el Vaticano, donde late con tan imperecedera vitalidad el corazón del mundo católico. Es esa plaza silenciosa y recogida que rodea a la venerable basílica de San Juan de Letrán, y que conserva los más lejanos recuerdos de la juventud del cristianismo adheridos a los monumentos más antiguos de la civilización humana...

Allí, en aquella atmósfera perfumada de santidad hasta la saturación, que ha respirado la Iglesia romana durante sus trece primeros siglos de existencia, parece como si el pensamiento cristiano se

encontrara en su verdadero lugar y comprendiera mejor que en parte alguna el genio sobrenatural de la sociedad que ha realizado la educación del mundo. También fué allí donde el Papa León III expuso la significación de los grandes acontecimientos de que acababa de ser uno de los actores. Su *triclinium* ha desaparecido; pero el tiempo ha respetado la página simbólica que su mano había trazado en el muro, y el viajero que se detiene ante sus ruinas puede leer allí con caracteres sorprendentes el pensamiento inmortal que sobrevive a frágiles materiales: Cristo está de pie sobre el monte; a sus pies corren los cuatro ríos del Paraíso; una de sus manos tiene abierto el libro de la vida, y la otra está levantada para bendecir a sus discípulos, quienes, con la túnica recogida al modo de los viajeros, se van a conquistar el mundo. A la derecha y a la izquierda de esta imagen, que recuerda los primeros días de la Iglesia, dos cuadros más pequeños nos muestran que ésta ha tomado posesión de tal herencia. En uno, está Cristo sentado en su trono, teniendo a sus pies al Papa Silvestre y al Emperador Constantino: a aquél le entrega las llaves, símbolo de su dignidad sagrada; a éste, el lábaro, emblema de su misión guerrera. En el otro, es San Pedro quien ocupa el trono en calidad de Vicario de Jesucristo, y se ve, arrodillados ante él, al Papa León y al Emperador Carlomagno. Como su divino Maestro, Pedro dispone de las dos dignidades a la vez: confiere la espiritual al Papa, su sucesor, bajo la forma de una estola, y la temporal a Carlomagno, entregándole el estandarte.

Y en el arco de triunfo que circunda a esta triple representación del reino de Dios sobre la Tierra se hallan, como una voz venida de lo alto, las celestiales palabras que se oyeron en la cuna del cristianismo y que continuarán siendo por los siglos de los siglos el cántico de la civilización cristiana: ¡GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD!